

en nombre de su familia, dió las gracias á la Academia y exhortó á sus miembros para que impulsasen á la Sociedad por el camino del progreso y del constante adelanto; su voz conmovida revelaba su emoción, la que impidió el desarrollo de su idea, como lo hubiera deseado.

Tal es en resumen la relación del acto solemne con el que la Academia de Medicina de México hizo público su sentimiento y su pena por la pérdida del socio á quien tanto debió. A los Jiménez é Hidalgo Carpio siguió Andrade. después de Andrade. ¿quién continuará con la abnegación que ellos llevando el timón en medio de las decepciones y los desencantos con que se lucha en la presente época?

El nombre de Andrade jamás podrá borrarse, porque está escrito en todo lo que se relaciona á la Academia: en sus actas, en sus Reglamentos, en su GACETA: ¡ojalá y como su nombre, no se borre nunca su ejemplo, pues teniéndolo siempre palpitante, la Academia de Medicina jamás concluirá, como nunca acabó, ni se amenguó nunca en el corazón del Dr. Andrade su amor por ella!

DISCURSO pronunciado por el Dr. D. Rafael Lavista á nombre de la Academia de Medicina, en la velada fúnebre que dedicó esta Sociedad á la memoria del Sr. Dr. D. Agustín Andrade, antiguo Presidente de la Academia, Profesor de Medicina legal en la Escuela de Medicina, Presidente del Consejo Médico legal, etc., y cuya velada tuvo lugar la noche del 3 de Mayo de 1887.

SEÑORES:

Resuena aún en este recinto la elocuente palabra de nuestro inolvidable consocio el Dr. D. Agustín Andrade al pronunciar su discurso de inauguración del actual año académico. ¡Cuán lejos estábamos de imaginar siquiera que habría de desaparecer tan pronto de entre nosotros aquel hombre virtuoso que con la lealtad que le era peculiar hacía en breves y sentidas frases el elogio de nuestros queridos consocios los Dres. D. Rafael Lucio y D. Adrián Segura! ¿Cómo habríamos podido suponer siquiera, que aquel ser privilegiado que era la encarnación de nuestra Sociedad, á la que tanto quería, habría en breve de dejarnos para siempre? Y sin embargo, es una triste verdad que le hemos perdido, y que tendremos que confesar con el gran Bossuet: «que la salud es un nombre, la vida un sueño, la gloria una apariencia, y todo vano en nosotros.» Esta melancólica re-

flexión tiene un lenitivo consolador; los hombres que se van para no volver jamás, si han desempeñado sobre la tierra la misión que les estuvo encomendada, nos legan bellos ejemplos que imitar y títulos honrosos que hacen su memoria imperecedera.

A este grupo ciertamente pertenece el Dr. D. Agustín Andrade, y al hacer el elogio que la Academia de Medicina me ha encargado, procuraré desempeñar la honrosa misión que se me confía, poniéndolos de manifiesto los justísimos títulos á que se hizo acreedor el eminente hombre cuya muerte deploramos.

No es, señores, ciertamente, la biografía de mi inolvidable amigo lo que me propongo hacer, no tengo fuerzas para tanto; sería difícil tarea para quien, como yo, le ha tratado íntimamente, le ha considerado como un hermano cariñoso, como el mejor de los amigos. Insensiblemente podría resentirse mi discurso de la parcialidad de mis afectos; podría no ser la razón fría y justiciera que juzgara al hombre; muy probablemente sería el corazón el que hablara. Eludo en consecuencia el papel de biógrafo y me concretaré á presentaros al académico, al trabajador infatigable, al hombre de ciencia y al honorable compañero.

El Dr. D. Agustín Andrade tuvo la honra de ser uno de los socios fundadores el año de 1864 de la nueva Academia de Medicina, y en el mismo año le fué encomendado el cargo de segundo secretario, que desempeñó con la laboriosidad que le era peculiar.

El primer trabajo científico que se registra en los anales de nuestra Sociedad, fué publicado en Diciembre de 1864 é intitulado: «Epispadias congénito acompañado de estrofia incompleta de la vejiga.» Con rara precisión y notoria exactitud describe el autor el vicio de conformación que hizo el asunto de su trabajo: quedan en él consignados los detalles más minuciosos, las más pequeñas particularidades, revelando el espíritu de observación que era una de las cualidades inestimables del Sr. Andrade. Se siente con una notoria claridad el juicio recto de nuestro consocio por la apreciación de las circunstancias que contribuían en el caso para hacer el diagnóstico entre la estrofia incompleta y la verdadera estrofia de la vejiga; pero donde resalta marcadamente el genio del cirujano es en la parte relativa al modo de satisfacer la indicación más apremiante del caso: la necesidad de corregir la incontinencia de orina, fenómeno dominante en el enfermo que estudiaba. El aparato ingeniosamente ideado para corregirla revela el espíritu práctico que predominaba en el Sr. Andrade.

El 19 de Abril de 1865 leía ante la Sociedad otro trabajo intitulado: «Estudio sobre las cornadas de toro.» Este estudio, como lo dice su autor, tuvo por objeto llenar el vacío que existía en aquella época en la ciencia,

sobre esta clase de lesiones. En él se encuentran descritos cuidadosamente los caracteres propios de esta especie de heridas con detalles minuciosos que explican su rareza y las particularidades que las distinguen. No olvida el autor señalar la forma del instrumento contundente y anota con esmero la dificultad que se tiene para apreciar la profundidad por el tamaño aparente de la lesión exterior. Las compara con mucha exactitud á las heridas producidas por los proyectiles de armas de fuego y ensaya explicar la falta de relación entre los desórdenes producidos superficial y profundamente, teniendo en cuenta la forma del instrumento vulnerante, la fuerza de impulsión con que hiere los tejidos y las condiciones particulares de éstos que, antes de ceder, ponen en juego toda su elasticidad. Establece con notable precisión los diferentes resultados de estas lesiones según la importancia de los órganos heridos, haciendo notar que cuando el instrumento vulnerante no ha alcanzado ningún órgano importante, las heridas son relativamente benignas, curan casi por sí solas sin ninguna de las complicaciones comunes á traumatismos de esta especie. El tratamiento que aconseja para la curación es eminentemente práctico y conforme con las ideas dominantes en la época en que se escribió el trabajo: recomienda de preferencia la irrigación continua con agua fría, sin dejar de observar los inconvenientes que este medio ofrece cuando se le interrumpe intempestivamente; y tratándose de las lesiones con penetración, cuida de anotar los inconvenientes que resultan de la oclusión de la herida cuando se intenta la sutura; dejando entrever el profundo conocimiento que tenía del carácter de estas lesiones y la solidez de sus conocimientos en cirugía. Termina este interesante trabajo con una observación bien redactada, metódica, precisa, en la que se advierte el espíritu práctico que, muy particularmente para la cirugía, caracterizaba al Sr. Andrade.

Acabo de haceros notar las eminentes cualidades que le distinguían como cirujano, y bien pronto quedarán bien aseguradas con el extracto incompleto é imperfecto que me veo obligado á hacer de los trabajos que hizo el Dr. Andrade en este importante ramo de la ciencia. Por el momento permitidme que plegándome á las exigencias cronológicas, me separe de esta vía y os presente estudios de otro orden no menos importante y que demuestran que el hombre cuyos méritos señalé era el médico enciclopedista. Lo comprueba así el interesante trabajo publicado en nuestra GACETA el año de 1866, en 21 de Marzo é intitulado: «Tratamiento del coriza ó catarro nasal por la atropina administrada interiormente.» Quedan en él consignadas todas las aplicaciones que de la atropina se habían hecho ya en esa época y señalados los efectos fisiológicos de esa substancia con admirable precisión, señalándose entre otros, el que el medicamento ejerce sobre la secreción

de las mucosas, punto de vista en el que se colocó el Sr. Andrade para utilizarlo ventajosamente contra el coriza, abreviando así la duración de esta molesta enfermedad. Las múltiples observaciones á que se refiere el trabajo lo comprueban satisfactoriamente, y entre ellas figura la bien importante de la aplicación del medicamento á su misma persona revelando el carácter del hombre honrado y concienzudo que trataba á los demás como se trataba á sí propio.

Otra circunstancia muy especial resalta en el trabajo á que me refiero; es esta la discreción, la prudencia para el manejo de substancia tan delicada; lo comprueba así la fórmula que puede leerse en el trabajo y la recomendación especial que hace á los farmacéuticos para preparar soluciones tituladas que puedan manejarse fácilmente sea cual fuere la vía que deba usarse para su introducción al organismo. Se advierte, en suma, en este pequeño trabajo el juicio especial que distinguía al Sr. Andrade.

Uno de los estudios más importantes que se registran en los anales de nuestra Sociedad y que bastaría para hacer una reputación envidiable, es el intitulado «Regeneración de la vacuna» y discusión sobre la vacuna animal á propósito de los interesantísimos estudios que hizo el Dr. D. Ángel Iglesias durante su permanencia en Europa y que comunicó á nuestra Academia el año de 1868. Pocas, muy pocas veces se ha discutido con tanto interés, con tanto calor, con verdadero denuedo cuestión alguna científica. Se trataba de destronar la vacuna humana, se la hacían gravísimos reproches, y se contaba para llevar á buen resultado la empresa con la cooperación de hombres eminentes, con el mismo Depaul, conservador de la vacuna en Francia, el que con su inmenso prestigio había logrado enaltecer la vacunación animal, imponiéndose, por decirlo así, á hombres notoriamente ilustrados, á prácticos distinguidísimos que contribuían á la realización de las miras de Depaul, firmemente convencidos de las doctrinas de aquel eminente práctico. A este grupo pertenecía nuestro inolvidable y distinguidísimo amigo el Dr. D. Ángel Iglesias, importador en aquella época de la vacuna animal y propagador ardiente de las doctrinas del célebre Depaul. La revolución estaba iniciada, los elementos de que se disponía eran poderosos, la causa que se defendía halagadora; así es que bien pronto el Dr. Iglesias encontró prosélitos cuya importancia científica vino á robustecer la idea que defendía. La lucha se entabló y comenzó la más brillante de las discusiones que se registran en nuestros Anales, pudiéndonos comparar á esos grandes combates de artillería en los que los adversarios se ametrallan sin poderse medir cuerpo á cuerpo. Andrade, con esa firmeza de convicciones que era uno de los atributos más bellos de su carácter, defendió brillantemente la vacuna humana de los rudos ataques que se

le hacían, y con una precisión y claridad admirables, analizó los inconvenientes que ofrecer pudiera la vacuna animal. En el trabajo á que me refiero, campean de manera marcadísima las cualidades que hacían del Sr. Andrade un hombre superior: leal, noble, caballero, delicado hasta la exageración, cuidó con el mayor esmero que su argumentación fuera siempre clara, precisa, demostrativa, sin lastimar ni aun ligeramente la susceptibilidad y delicadeza de sus ilustrados y dignos adversarios. Apasionado en la improvisación, parecía á veces duro; pero una vez que se tomaba el tiempo de meditar y escribir sus ideas, se le veía sereno, tranquilo, juicioso, mesurado y siempre dispuesto á retirar de la discusión todo lo que hubiese podido parecer ofensivo.

La terrible lucha que se empeñó en aquella época puede decirse que no dió el triunfo definitivo á ninguno de los contendientes, sin embargo de que la vacuna animal tuvo una vida precaria que acabó bien pronto con su existencia; pero el tiempo y la observación vinieron á decidir este litigio, comprobando la verdad de las aseveraciones hechas por el recto juicio de nuestro inolvidable amigo el Sr. Andrade, que añadía con éste una página gloriosa á su carrera científica.

La fuerza de la cronología me obliga de nuevo á considerarle como cirujano. Se registra en nuestros anales otro trabajo intitulado: «Atresia cicatricial de la vagina,» publicado en Octubre de 1868. El hecho clínico es de una importancia excepcional. Intencionalmente omitiré la descripción cuidadosa hecha por el Sr. Andrade, cuyo talento de observación y exactitud nunca desmentidas, son ya conocidas, para ocuparme sólo de señalar á vuestra consideración la sagacidad que se observa en el diagnóstico del caso, y la habilidad singular para concebir y realizar la curación de los graves desórdenes que tan cuidadosamente señala el Sr. Andrade en su comunicación á esta Sociedad. Se advierte desde luego cómo el cirujano prudente ha querido hacerse un camino para la exploración antes de aventurarse en una empresa que hubiera podido tener fatales consecuencias acometida sin discernimiento. El ensayo de la dilatación previa de la insignificante abertura que dejaba el canal vulvo-vaginal, acredita suficientemente la prudencia del cirujano en ese caso y realizan su idea, permitiéndole formarse concepto de la conducta que observar debiera ulteriormente. La autoplastia parcial y sucesiva que después intentó corrobora una vez más la rectitud de su juicio, merced al que pudo asegurar el éxito de una curación que hubiera podido comprometerse si se intenta en una sola sesión. Pero en donde se ve del modo más palpitante el genio quirúrgico del Sr. Andrade, es en el estudio del Manual operatorio empleado para la autoplastia: este modo de hacer es siempre de circunstancias; los métodos

sólo sirven de guía, los procedimientos, es decir, la aplicación de aquellos sólo se hacen cuando el genio los inspira. El verdadero cirujano se acredita como tal cuando realiza empresas del tamaño de la que venimos analizando. ¡Qué inmensa satisfacción ha debido sentir aquel hombre honrado, aquel bondadoso corazón, devolviendo á la sociedad y á la familia aquella desgraciada mujer, merced á su talento y especial empeño!

Una nueva página importantísima de la carrera científica del Dr. Andrade se registra en nuestros Anales del año de 1870: se intitula: «Cloral. Resumen de los trabajos á que ha dado lugar hasta hoy esta substancia.» El recto juicio de nuestro estimable compañero le permitió ver con claridad la importancia de los estudios hechos en Europa en ese tiempo, apresurándose á comunicar á esta Sociedad lo que habia de positivo en la materia, no sin haberla ensayado previamente para poder decir en conciencia que la novedad científica era un adelanto positivo en nuestro arte. He dicho, señores, y ponderado, que merced al recto juicio de nuestro distinguido amigo, se hizo conocer ese precioso medicamento entre nosotros, y llamo vuestra atención sobre lo ya asentado, porque su ánimo refractario á las innovaciones, no daba cabida sino á aquellas que estaban, por decirlo así, autorizadas; que reunían todas las condiciones de la rigurosa observación y de la experimentación comprobada. Cuántas de las innovaciones de este siglo, que pudiéramos llamar de los inventos, no fueron aceptados por aquel genio ilustre; muchas, muchísimas podría yo señalar. Pero volviendo á la interesante Memoria sobre el cloral, os diré para compendiar: que el estudio es tan completo como podría desearse, que su historia química está perfectamente trazada, que el estudio fisiológico y sus aplicaciones á la Patología están cuidadosamente redactadas, y que la admirable previsión con que señaló desde entonces las múltiples aplicaciones que tendría en nuestra ciencia, se han realizado del modo más satisfactorio, haciéndonos sentir el inmenso beneficio que su espíritu liberal tuvo en cuenta al compilar todos los estudios de aquella época. Razón tengo, señores, al deciros que este trabajo abrillanta, por decir así, las glorias del Dr. Andrade.

Rápidamente, señores, porque temo cansaros; terminaré la reseña de los trabajos científicos de nuestro malogrado amigo. La Memoria que se registra en nuestros Anales del año de 1871 con el título de «Método aislador: sus ventajas y aplicaciones,» es otro precioso trabajo que nos ha hecho servicios de una importancia extraordinaria. ¿Quién de nosotros no ha tenido ocasión de emplear el método de Robert Latour que nos hizo conocer el Sr. Andrade? ¿Y quién no se ha sentido satisfecho de los resultados obtenidos? En buena hora que la teoría que le sirve de fundamento

no sea satisfactoria, como cuidó de señalarlo el Sr. Andrade, que otro sea el mecanismo que explique la calma de los dolores y la modificación del trabajo flegmático, no queda menos cierto que la concepción es útil y que debemos al infatigable celo del Sr. Andrade para hacernos conocer lo que la terapéutica tiene de útil en sus aplicaciones, el inmenso beneficio de la que fué asunto del trabajo á que me refiero.

En Abril 1.º de 1874 daba cuenta á esta Sociedad de una interesantísima observación intitulada: «Fractura de la columna vertebral.» ¡Cómo quisiera, señores, tener el tiempo á mi disposición para hacer resaltar el mérito indisputable de este estudio, que es por su naturaleza tan difícil; él solo bastaría para hacer la reputación del cirujano más ambicioso. Describe el Dr. Andrade con minuciosa prolijidad el mecanismo que debió ocasionar la fractura. Poco satisfecho de la manera de obrar de la causa traumática, viene á su ánimo la duda sobre la naturaleza de la lesión: se imagina que podría haberse equivocado, y preocupándose con la idea de una luxación de las piezas vertebrales en la región lumbar, ensaya un método de tratamiento completamente original; desgraciadamente para el enfermo se desarrollan los accidentes séptico-urinosos que son tan comunes en las lesiones medulares de razón traumática, y el Dr. Andrade los combate victoriosamente con el genio quirúrgico que le conocemos, asegurando á la orina fácil escurrimiento con la ojalera perineal, en medio de las dificultades á que daba lugar el desgarró de la uretra, que accidentalmente fué hecho por el ensayo de cateterismo de un practicante. La sucesión natural de las cosas en medio de tales dificultades empeoraban la situación del desgraciado enfermo, que terminó por sucumbir. Se hace por el Dr. Andrade la autopsia, conservando la pieza anatómica que fué presentada á esta Sociedad y descrita con ese rigor científico, con esa precisión anatómica que le era tan peculiar, siguiéndose después reflexiones que tienden á establecer la importantísima distinción entre las fracturas de causa directa é indirecta del eje raquidiano, el mecanismo preciso que explica los desórdenes producidos en las fracturas de causa indirecta, y sobre todo la manera de llenar la indicación en cada uno de los casos, haciéndose notar, como ya lo tengo dicho, la idea bien original y positivamente útil de la actitud en que debe colocarse á los desgraciados que sufran la fractura por causa indirecta, y el aparato más apropiado para conservarla por el tiempo necesario á la consolidación.

La indicación para intervenir en los casos de fractura directa permite apreciar cómo es fácil á estos talentos superiores adunar la prudencia y discreción que el cirujano hábil debe tener con el atrevimiento y la audacia indispensables en nuestro siglo para el adelanto de la ciencia.

Os decía, señores, que el trabajo del Sr. Andrade importaba un adelanto positivo para la ciencia, y entiendo que os bastará para tener la misma convicción que yo, meditar ligeramente en la importancia de los puntos que rápidamente á mi pesar os he señalado.

El trabajo intitulado «Nota y reflexiones sobre un caso de crup,» mucho menos importante que los anteriores, nos enseña cómo nunca escapaba á la sagacidad del hábil práctico, ningún detalle que pudiera tener alguna importancia.

Otro escrito del mayor interés intitulado: «Los médicos y la administración de justicia,» nos presenta al Sr. Andrade en otra de las facetas que le hacían ser extraordinariamente estimado. Respira aquel trabajo la dignidad característica del hombre, la justificación más completa de la rectitud de su espíritu, el interés con que veía los asuntos profesionales, la confraternidad y compañerismo que le hacían ser esencialmente consecuente. No os recordaré sus pormenores, que son bien interesantes, porque temo abusar de vuestra paciencia y porque aun tengo que deciros algo relativo á la vida científica de mi queridísimo amigo. Sin duda alguna lo quebrantado de su salud y sus multiplicadas atenciones no le permitieron escribir para daros cuenta oficialmente con otra multitud de trabajos verdaderamente notables que su actividad infatigable le hacia emprender en todos los momentos, y siempre que creía hacer un beneficio á sus semejantes ó proporcionar algún adelanto á nuestra ciencia. No me sería posible enumerarlos todos; haría sin duda un trabajo interminable si intentara siquiera relatarlos; muchos de ellos deben estar consignados en nuestras actas, y vosotros recordaréis sin duda que no pocas veces hacia comunicaciones verbales ya á propósito de trabajos personales, ya con motivo de las interesantes comunicaciones que á cada paso se hacen en el seno de nuestra Sociedad por nuestros estimables consocios. Yo que tuve la fortuna de vivir íntimamente á su lado, deleitándome con la amistad exquisita que siempre me dispensó; trabajando de continuo con él, prestándonos reciprocamente servicios profesionales, puedo permitirme la libertad que os ruego me dispenséis, de haceros conocer al hombre científico en toda su grandeza.

Las primeras operaciones de ovariotomía que he practicado, encontraron en él un útil colaborador que con sus sabios consejos me ayudaba á vencer las infinitas dificultades que á cada paso se nos ofrecían en la práctica de esa operación. Sereno, oportuno, diestro, hábil, encontraba siempre algún recurso para vencer las dificultades. ¡Cuántas veces aproveché una de tantas felices ideas que eran tan comunes á su genio!

Era asunto constante de sus desvelos el tratamiento de las cancerosas.

Encargado de un servicio ginecológico en el hospital de San Andrés, no perdonaba medio alguno de los recomendados para la curación del cáncer uterino; recuérdese si nó el interés con que empleó el ácido acético durante largo tiempo para la curación de ese terrible mal, ya en aplicaciones tópicas á la superficie ulcerada, ya en inyecciones intersticiales por el método de Luton: siempre tuvo en la mente la idea de la curación del cáncer uterino por la extirpación completa de la matriz; y cuando los trabajos de Gillette le hicieron conocer el nuevo método de histerectomía vaginal, emprendió la operación que desgraciadamente le produjo la erisipela flegmonosa á consecuencia de la cual hubo de desarrollarse la diabetes, esa terrible enfermedad que ocho años atrás venía minando su constitución y debilitando su organismo para determinar su muerte prematura.

Puede decirse con verdad que murió como bueno, sin abandonar ni un instante el honrosísimo puesto de benefactor de la humanidad, á la que prestaba sus importantes servicios á pesar de su quebrantada salud.

Era un ginecólogo distinguido: recuérdese la modificación que hizo del trocar aspirador para vaciar fácil y seguramente los abscesos retro-uterinos.

Pero como he dicho ya, sus conocimientos eran vastísimos: como oftalmologista era bien reconocida su competencia; fué uno de los primeros que trataron el glaucoma en México por la iridectomia, era hábil operador de cataratas, y fué uno de los primeros, si no el primero, en emplear la canalización metálica del segmento posterior del ojo para la curación del despegamiento de la retina.

Conocedor como pocos de los adelantos científicos europeos, no perdía ocasión alguna de utilizar los inventos, siempre que juzgaba que podían ser de alguna utilidad.

Fué uno de los primeros en utilizar la ligadura elástica en sus múltiples aplicaciones á la cirugía.

La anestesia rectal etérea fué otro de los asuntos que preocuparon seriamente su atención, y que creo fué usada por él en la primera vez.

Las inyecciones de agua salada en las venas, en sustitución de la transfusión indirecta de sangre, era otra de sus ilusiones, y varias veces tuve ocasión de acompañarlo á la práctica de esta operación, con notoria ventaja en algunos casos.

En el orden médico no fueron menos importantes los estudios que tuve ocasión de presenciar: recuerdo entre otros la interesante aplicación que hacía á propósito del tratamiento de la histeria y de la histero-epilepsia por la metalo-terapia. Preocupado vivamente con las ideas de Buck, y habiendo tenido ocasión de tratar muchas histéricas en el servicio médico

de las Vizcainas, tuvo ocasiones múltiples de ensayar pacientemente los diversos metales que habían sido aconsejados para el tratamiento de ese molestísimo mal, que hace la desesperación de los prácticos: no pocas veces tuve la satisfacción de ver coronados sus esfuerzos y participar con él los sabrosos triunfos alcanzados por la sagacidad y la constancia.

Otros muchísimos títulos podría yo añadir á los ya enumerados; pero bastan sin duda los expuestos para hacer la apología del hombre de ciencia y para justificar la merecida honra que la Academia, hourándose á sí misma, le tributa en esta noche, aniversario de su nacimiento.

Si á estos antecedentes se añaden los méritos especiales de que voy á hacer mención como miembro de esta Sociedad, á la que se consagró con tanto cariño, bien se comprende el ahinco en concederle las especiales consideraciones con que le distinguió y que siempre desempeñaba con beneplácito universal.

He dicho ya que uno de los primeros puestos que le fueron conferidos fué el de segundo secretario en 1864. Sucesivamente desempeñó la plaza de archivero en 1873; fungió de Vicepresidente de 1874 á 1875, como Presidente de 1875 á 1876, de 1877 á 1878, de 1879 á 1880, de 1880 á 1881, de 1883 á 1884 y por último de 1885 á 1886.

Tantas y tan innumerables muestras de confianza dadas por la Academia á este hombre respetable, son la mejor demostración de la altísima estima que con tanta justicia le dispensó.

Era su lema el orden, la exactitud, el cumplimiento fiel del Reglamento, llevando á veces su severidad y rectitud hasta la exageración, sin condescender en manera alguna á la infracción de las reglas. Celoso defensor de los intereses de esta Asociación, los cuidaba más que si fueran propios; su afán constante era el perfeccionamiento de la organización de la Sociedad.

La mayor parte de las reformas importantes que figuran en nuestras reglas son obra suya, y siempre cuidaba con su ejemplo ser el primero en la observancia de las determinaciones acordadas.

Uno de los asuntos que más le preocupaba era la decadencia de nuestra Sociedad. Pertenecía á esa generación de hombres para quienes el deber es todo sabiendo cumplirlo con agrado, con satisfacción, más aún, con verdadero cariño. Podía decirse de él que era el último vástago de los fieles, encarnándose en su persona el espíritu de los Jiménez, de los Hidalgo Carpio y de otros muchos de esos hombres de la generación pasada en los que el espíritu de asociación científica estaba tan arraigado que no entendían cómo podía faltarse al compromiso contraído, sacrificando siempre cualquiera ocupación ó trabajo personal al cumplimiento de sus deberes para con la Sociedad.

Noble, humilde, expresaba constantemente en sus discursos el agradecimiento de que estaba poseído hacia sus consocios por las distinciones que se le hacían; señalaba á la vez los vacíos que creyera observar en la institución y alentaba constantemente á los obreros de la ciencia para sostener su espíritu y levantar el ánimo de la Sociedad. Tal era su cariño para ella que cuando estuvo en Europa no olvidó enviarle sus recuerdos afectuosos y sus deseos benévolos por su prosperidad y engrandecimiento.

Júzguese si con estas cualidades no se sentirá el inmenso vacío que ha dejado en la familia científica que hoy lamenta su pérdida el honorable y distinguido Dr. D. Agustín Andrade, á cuya memoria tributamos hoy el merecido elogio.

He procurado, señores, haceros un retrato tan fiel como me ha sido posible, del ilustre muerto. He suprimido á pesar mío muchos detalles indispensables para dejar completa la historia de su vida científica: dispensadme si no he sabido hacerme fiel intérprete de vuestros sentimientos al confiarme tan honorífico encargo; mas sirvame de excusa mi insuficiencia personal y la dificultad inmensa que ofrece la descripción exacta de hombres que, como Andrade, tienen tantos y tan innumerables méritos.

Si con la muerte de Andrade México ha perdido una de sus ilustraciones, recordemos con legítimo orgullo que ella nos pertenece y que la ciencia ha perdido una de sus glorias.

México, Mayo 3 de 1886.

R. LAVISTA.

**Discurso pronunciado por el Sr. Dr. D. Nicolás Ramírez Arellano
en representación de la Escuela de Medicina.**

SEÑORES:

La vida de los hombres célebres por sus atributos intelectuales y morales, debe presentarse siempre en relieve para que en toda época sirva de ejemplo que imitar. No es sólo el deseo de ensalzar la memoria del que fué, el objeto de reuniones cual ésta; hay en ellas algo más que las hace moralizadoras y útiles para el bienestar de la sociedad en que se vive. Recordar las buenas cualidades del que poco tiempo antes vivía entre nosotros, analizar la importancia de sus hechos y trabajos, ver cuál fué el objeto de éstos y hasta dónde pudo conseguirlo, significa mucho para el